

de los países situados al Oriente y al Occidente de nuestro camino.

21 de noviembre. *Campamento de Kivera*.—Dejamos las orillas del Urigi actual para marchar algún tiempo más, por lo que se nos dice es su antiguo le-

cho. La abundancia y variedad de caza hacen el viaje muy divertido. Los rinocerontes son tan abundantes y tan descarados, que en muchas ocasiones nos cierran materialmente el paso. En estas circunstancias es muy divertido ver á nuestros intrépidos vuangua-



Indígena del Karagué.

nos adelantarse por destacamentos de tres ó cuatro hácia los irreverentes animales, y luego cuando han disparado sus flechas, huir por un lado mientras la caza huye por el otro. Después de puesto el sol se unió á nosotros el doctor K'yengo, portador del tributo extraordinario (alambre ó hilo de latón) que Suwarora envía al gran rey Mtesa como equivalente por la difunta princesa con quien este último quería casarse.

Se convino que viajaríamos juntos hasta Uthenga.

22 y 23 de noviembre.—Después de haber atravesado el opulento valle de Uthenga, rodeado de montañas escarpadas y de una altura de 1,000 pies y revestidas de una vegetación semejante á la de Escocia, subimos á la cima del N'yamwara, donde hemos apreciado plenamente á 5,000 pies sobre el nivel del mar los beneficios de una altura semejante. Al bajar al



Esclavos del Unyamwezi segundo y llevando leña.

valle de Rozaka, Kachuchu nos dice que vá á tomar la delantera porque su amo desea saber con anticipación dónde preferimos establecernos. Se nos da á escoger entre su palacio, un punto cualquiera en el exterior del recinto y la aldea de Kufro, donde los árabes tienen un establecimiento comercial en el camino directo del Uganda. Tanta cortesía nos sorprende y tratamos de responder á ella convenientemente. Nuestro amigo Kachuchu, gratificado con un rollo de hilo de cobre, dirá de nuestra parte á su amo, que nuestro único objeto es verle á él y ver también á los demás grandes monarcas del país; que aceptaremos todos los honores que tenga la bondad de conferirnos, pero que no hacemos el comercio y no tenemos por consiguiente ninguna relación con los árabes.

24 de noviembre. *Katarwanga*.—Llegamos á la mañana siguiente al punto de confluencia de dos caminos, y mientras K'yengo, seguido de sus tambores, pífanos y Amazonas y de los portadores del hongo de Suwarora, toma el que conduce á Kufro, nosotros continuamos nuestra marcha en la dirección del palacio. Por el camino estudiaba yo la formación geológica de aquellas alturas, compuestas principalmente de una arcilla arenosa, ya azul, ya de colores alternados y en cuyas vertientes se ven elevarse aquí y allí como largas paredes blancas *dykes* de cuerno puro. Todo parece indicar que estos terrenos así amalgamados, cuando el suelo estaba bajo, se han elevado gradualmente, constituyendo esas montañas el eje central del continente; lo cual le asigna, según todas las probabilidades, el origen más antiguo.

A algunas millas del palacio recibimos orden de hacer alto para esperar la vuelta de Kachuchu. Pero apenas nos habíamos detenido en un bosque de bananeros en que se fabricaba el pombé en grande escala, cuando nuestro ex-guía acudió presuroso á decirnos todo el empeño que el rey tenía en recibirnos; sin embargo, nuestra gente experimentaba una invencible repugnancia á ponerse en camino, detenida como estaba por el atractivo omnipotente de la cerveza nuevamente fabricada. Bombay y Nasib partieron, pues, solos, para ir á presentar nuestras excusas y los vimos volver por la noche con un gran jarro de pombé y un paquete de tabaco de primera calidad, que Rumanika nos recomendaba reservásemos para nuestro uso particular. La verdad es que uno y otro, de un mérito superior, no desmentían su real origen.

25 de noviembre. *Werankhanje*.—Este es el nombre de una montaña, cuya cima cubierta de yerba está á 5,500 pies de elevación sobre el nivel del mar. Bajando un poco sus laderas, vimos de repente lo que al principio nos pareció un gran grupo de árboles (latitud Sur 1° 42' 42", longitud Este 31° 1' 49");

á 1,500 pies más abajo, una preciosa balsa de agua descansaba en un pliegue de la montaña; el grupo de árboles era en realidad el recinto, ó si se quiere, el parque del palacio. En cuanto al lago, á falta de un nombre indígena, le bauticé con el de «pequeño Windermere,» á causa de la semejanza que Grant halló entre éste y el de Cumberland así llamado. Es uno de los muchos depósitos donde vienen á concentrarse las aguas de las montañas vecinas para pasar en seguida al Victoria-Nyanza por el lecho del Kitangulé.

Para hacer al monarca de este hermoso país los honores que le eran debidos, mandé á mis hombres dejar sus fardos y hacer una salva de fusilería. Al desfilar en seguida por delante de las puertas del palacio, fuimos invitados á penetrar en él cuanto antes porque el rey quería recibirnos al momento. Grant y yo, dejando nuestro equipaje fuera, y escoltados por Bombay y por algunos de mis vuanguanos más ancianos, nos dirigimos al través de vastos cercados, sembrados de chozas, hácia una *baraza* de techo inclinado, construida por los árabes para que el rey pudiese en ella tratar á su gusto los negocios públicos. Aquí nos esperaban, sentados en el suelo y con las piernas cruzadas, el rey Rumanika y su hermano Nnanaji, los dos de gran estatura y de noble aspecto. El monarca llevaba simplemente la *choga* negra de los árabes y por todo ornamento la medias de ceremonia con perlas de diferentes colores y los brazaletes ó puños de cobre artísticamente trabajados. Nnanaji, médico de gran categoría, estaba cubierto de talismanes fijados en la gran pieza de tela á cuadros en la cual se envolvía. A su lado tenían tendidas las macizas pipas de barro negro. Un poco detrás en cuclillas ó inmóviles, estaban todos los hijos del rey, seis ó siete muchachos con faldellines de cuero, teniendo además atados al cuello pequeños amuletos destinados á proporcionarles buenos sueños. La primera bienvenida de S. M. que nos dirigió en kisuali muy correcto estaba impregnada de una calurosa benevolencia. No necesitamos más que un instante para comprender que las gentes con quien ahora estábamos, no se parecían en nada á los groseros indígenas de los distritos vecinos. Tenían esos bellos rostros ovalados, esos grandes ojos, esa nariz prominentemente que caracterizan lo selecto de las razas abisinias. Después de una palmada completamente inglesa, que también esto está en uso en este país, Rumanika, siempre sonriendo, nos mandó sentar en el suelo frente de él. Quería saber el efecto que en nosotros había producido la vista del Karagué, de sus montañas, que según él debían ser las más bellas del mundo, y del lago, que sin duda excitaba nuestra admiración. Nos preguntó, riendo (porque sabía toda la historia) lo que pensábamos de Suwarora y de

nuestra recepción en el Usui. Aproveché la ocasión para manifestarle que debería, en interés mismo de su reino, poner freno á la rapacidad de Suwarora, cuyos excesivos impuestos impedían á los árabes llegar hasta el Karagué. Esto le privaba de miles de objetos preciosos que le traerían de todas las partes del mundo si este obstáculo se quitase. El rey se informó de los medios con que contábamos para hallar nuestro camino en los diversos puntos del globo, lo que le condujo á largos detalles sobre la extensión proporcional de la tierra y de las aguas y la capacidad de los buques que llevaban hasta elefantes y rinocerontes destinados á nuestras casas de fieras. Le admiramos también mucho haciéndole saber que nuestro país estaba al Norte del suyo aunque veníamos del Sur, según las aseveraciones de su amigo Musa, á pedirle paso para ir al Uganda. El tiempo pasaba con una rapidez maravillosa durante esta primera entrevista, pero concluyéndose el día, fue preciso pensar en nuestra instalación, y aprovechándonos de la opción que se nos había dejado, fuimos á establecernos al exterior del palacio, en un sitio que tiene vistas al lago, y cuyo aspecto nos había gustado mucho.

Uno de los jóvenes príncipes á quien se había recomendado que tuviese cuidado de nosotros, apenas me vió instalado en mi sillón de hierro, corrió á dar cuenta á su padre de esta novedad maravillosa. Esto me valió una invitación para que sin tardanza fuera á palacio, para que enseñase al rey al hombre blanco en su trono y en todo el aparato de la dignidad real que me confería una silla tan honorífica. Obedecí, aunque con algún sentimiento, que quedó indemnizado por la gozosa admiración de mi huésped, por su inteligente curiosidad, y en fin, por la confianza que se estableció entre nosotros. «¡Oh! exclamó moviendo significativamente la cabeza, estos vuazungus, ¿qué no saben? y ¿de qué no son capaces?»

Aproveché la ocasión para pronunciar algunas palabras contra las preocupaciones supersticiosas, á consecuencia de las cuales, los vuahumas no querían darnos leche (1). El rey me respondió que esta idea dominaba solamente entre las clases pobres y que pondría de buena gana á nuestro servicio el producto cotidiano de una de sus vacas. Al volver al campamento á donde este príncipe tan atento acababa de enviar un suplemento de su excelente cerveza, hallé á los vuanguanos en un estado de júbilo completo. Las cabras y las gallinas llegaban á cada instante á consecuencia de las órdenes espeditas á todas partes para que nada faltase á los huéspedes del rey, y nuestras

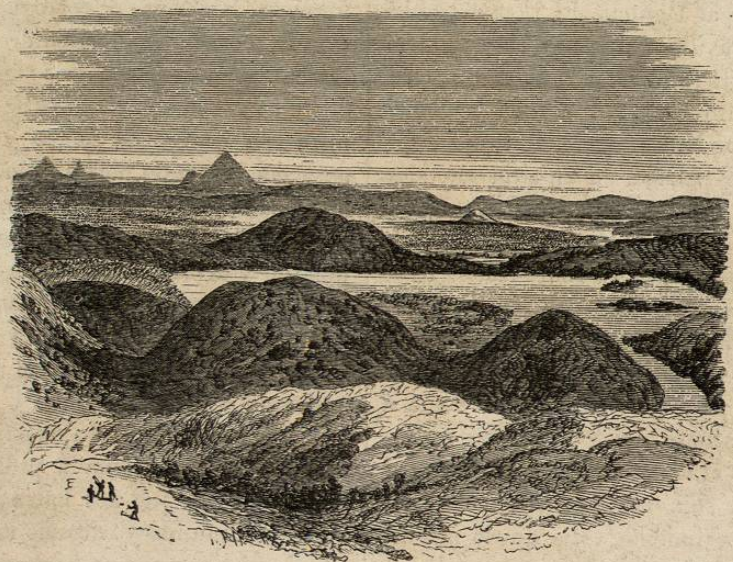
(1) Temen, según parece, para su ganado, la influencia funesta de todo el que ha comido cerdo, peces ó gallinas ó una especie de aves llamadas *maharagué* y que bebe después la leche de sus vacas.

provisiones se renovaron así durante un mes seguido, aunque sin disminuir en nada mi gasto diario (rocalla se entiende) porque nadie se cuidaba de proveernos de grano y de bananas. Por otra parte los vientos fríos tenían tiritando á los hombres de la costa y en su ignorancia natural se creían cerca de Inglaterra, el único país hiperbóreo de que habían oído hablar en toda su vida.

26 de noviembre.—Habiendo oído decir que sería inconveniente apresurar el pago del tributo de paso, y queriendo sin embargo no mostrarme insensible al trato generoso de que era objeto, me parece conveniente ofrecer á Rumanika mi revolver, el primero que había visto y que había producido en él una impresión sorprendente. Con este objeto fui á verlo á la cabaña que constituye su residencia particular. La limpieza, la elegancia relativa y el buen gusto de aquella morada, no dejaron de admirarme. Su techo estaba sostenido por postes perfectamente regulares, de los cuales cuelgan trofeos de lanzas y venablos, los unos con mango de hierro y punta de bronce, los otros con punta de hierro y mango de madera, todos artísticamente labrados. Un gran biombo movable de paja trenzada trabajado con mucha elegancia, formaba tabique y dividía el cuarto en dos partes desiguales; en la pared opuesta veíanse como simple ornamento pequeñas áncoras de bronce y modelos de vacas hechos de hierro, en proporción muy reducida por los árabes de Kufro. Rumanika y Nnanaji nos volvieron la visita por la tarde con un objeto enteramente político. El primero venía á pedirnos, que usando de aquella magia que nos había enseñado el camino al través del mundo y echando mano de cualquier sortilegio matáramos á su hermano Rogero, que reside, según me dijo, en una montaña que domina el curso del Kitangulé. Al ver á los dos príncipes arrellanarse en nuestras sillas con indecible satisfacción, me pareció que no sería indiscreto pedirles algunas noticias más circunstanciadas sobre el motivo de aquella extraña petición, y véase en resumen lo que me dijeron.

Dagara, su padre, antes de morir de vejez, cometió la imprudencia de decir á la madre de Rogero que éste, aunque el menor de sus hijos, tenía todas las cualidades necesarias para ser un excelente monarca. La reina de quien se trata, cogiendo al vuelo esta sugestión irreflexiva, crió á su hijo en la idea de que gobernaría algún día el país á pesar de la ley de primogenitura que arregla la sucesión al trono, ley que se restringe en su aplicación á los hijos del rey que han nacido después de su advenimiento. Dagara murió dejando los tres hijos ya nombrados que había tenido de tres madres diferentes. Inmediatamente se suscitaron disensiones en las cuales Nnanaji tomó el partido de Rumanika y Rogero fue expulsado por sus

dos hermanos mayores. Fuese por temor ó por afecto, se habia atraído á su partido la mitad de sus compatriotas, y contando con su influencia, levantó un ejército para disputar la autoridad real á su hermano. Indudablemente le habria vencido sin la intervencion de Musa, que con una generosidad sin ejemplo, empleó todo el marfil que tenia en comprar la cooperacion de los esclavos que los negociantes árabes tenian en Kufro. Estos poderosos auxiliares, provistos de fusiles y habituados á servirse de ellos, pusieron por el pronto obstáculos á las conquistas de Rogero. Mas éste ha jurado realizar sus proyectos ambiciosos cuando los árabes hayan abandonado el pais; y en vista de



Sistema de las aguas en las montañas al Oeste de N'yanza.

nos ardiente, y despues de nuevas quejas contra el régimen aduanero establecido por Suwarora, manifesté al monarca mis ideas sobre el origen de su raza, la cual á mi entender provenia de nuestros amigos los abisinios, cuyo rey Sahela Selassié, habia recibido en otro tiempo ricos presentes enviados por la reina de Inglaterra. Los abisinios, dije, profesan como nosotros la religion de Cristo, y lo mismo sucederia en el pais de los vuahumas si á consecuencia de sus emigraciones no hubiesen perdido la verdadera tradicion de las cosas divinas. Siguió una larga discusion histórica y teológica que edificó de tal suerte al rey, que pareció dispuesto á aceptar mi proposicion de llevarme dos de sus hijos para hacerles instruir en Inglaterra. Lo que no pudo comprender era cómo nosotros viajando á costa de tantos dispendios y siendo por consiguiente tan ricos, nos tomábamos tantos trabajos en vez de gozar en paz de nuestra riqueza en

estas hostilidades eventuales, Rumanika y Nnanaji invocaban el auxilio de nuestras artes mágicas para poner fin á los dias de Rogero. Dijimosles modestamente que no teníamos el poder que se nos suponía; pero el rey no viendo en esta respuesta mas que una excusa, empleó mil subterfugios para llegar á sus fines. Recogiendo las imprudentes palabras que habia soltado, rechazó toda idea de fratricidio como opuesta á las costumbres del pais y me prometió «que si ponía á Rogero en sus manos, respetaria su vida y hasta su libertad, contentándose con sacarle los ojos para ponerle fuera de estado de perjudicarlo.»

Traté de llevar la conversacion á un terreno me-

nuestra tierra. Traté de explicarle que hastiados de eso ó que los negros llaman bienestar, el comer, el beber y el dormir en paz no realizaban ya para nosotros el bello ideal de la felicidad, y que no siéndonos necesario ocuparnos en el comercio para adquirir un capital que ya poseíamos, la satisfaccion de nuestra curiosidad, el estudio de las cosas humanas, la contemplacion de las obras de Dios, eran en adelante el objeto de nuestra existencia. Añadí para estimular su orgullo y su interés, que nos habia llevado á su pais el deseo de conocer un monarca tan poderoso, y que pretendíamos además abrir hácia el Norte un camino por donde llegasen al Karagué los artículos mas preciosos de la industria europea además de los visitantes de nuestra especie. Todo esto colmó de júbilo á Rumanika, y nos dijo: «Pues que habeis venido á verme y á ver mi pais, os daré barcas para pasearos por el lago y músicos que alegren vuestro paseo, porque deseo

comp'aceros en todo.» En seguida nuestros álbums, nuestras camas, nuestras cajas, en una palabra, todos los artículos de nuestro equipaje, fueron examinados al pormenor y muy admirados por el monarca antes de despedirse de nosotros hasta el dia siguiente.

Musa me habia contado que las mujeres del rey y de los príncipes estaban sometidas en aquel pais á un sistema de engordamiento particular, y yo queria averiguar la verdad de este detalle de costumbres.

Tal fue el principal motivo de la visita que hice aquella noche á Vuazezeru, hermano mayor del rey, que habiendo nacido antes del advenimiento de su padre al trono, se hallaba fuera del orden legal de sucesion. La relacion del árabe no habia sido exagerada. Al penetrar en la cabaña encontré al viejo á su principal mujer sentados uno al lado de otro en un banco de césped en medio de trofeos, de arcos, venablos y azagayas suspendidos de los postes que soste-



La orquesta de la córte del Karagué.

nian el techo en forma de columnas. Ante ellos se veian puestos en el suelo un gran número de vasos de madera llenos de leche. Las dimensiones verdaderamente extraordinarias de la opulenta y corpulenta ama de casa, sobrepujaban á todas las ideas que me habia hecho concebir la relacion de Musa, y sin embargo, bajo aquel desbordamiento de una gordura formidable subsistian todavia algunos restos de belleza. En cuanto á tenerse en pie era casi literalmente imposible; no se lo hubiera permitido el peso mismo de sus brazos, de cuyas coyunturas pendian como otros tantos *jamonés* masas de carne abundante y blanda.

La acogida que me hicieron el príncipe y sus hijos, estos últimos, del mas bello tipo abisinio, tuvo el sello de una política esquisita. Habian oido hablar de nuestras pinturas, y tuvieron gran placer en contemplarlas, sobre todo las de los animales que conocian y que nombraban riendo á carcajadas. Pregunté el motivo de tener todos aquellos vasos de leche reunidos alrededor suyo, y Vuazazeru se encargó de explicármelo, mostrándome á su mujer. «Eso es, me dijo, lo que les da esa rotundidad; atascándolas de leche desde su mas tierna edad, obtenemos mujeres dignas de nosotros y de nuestra categoria.»

Rumanika se encuentra muy gustoso con los pe-